

XIV

**En que se prueba que se pierden anualmente
30.000 francos, y no se ganan más que 1.800**

Mario dirigíase maquinalmente al puerto. Andaba sin saber adonde. Estaba anonadado. Un solo pensamiento ocupaba su mente: necesitaba 15,000 francos en seguida. Echaba en su derredor la vaga mirada de las gentes desesperadas como si esperase encontrar entre dos adoquines la cantidad que necesitaba.

En el puerto, acometieronle deseos de ser rico. Las mercancías amontonadas á lo largo de los muelles, los barcos cargados de riquezas, el estrépito, el movimiento de la multitud que ganaba dinero, le irritaban. Nunca había sentido tanto ser pobre. Tuvo un momento de envidia y rebelión. Preguntóse por qué era miserable y otros eran ricos.

¡Siempre la misma ideal 15,000 francos. No podía volver con las manos vacías: su hermano le esperaba. Ya faltaban pocas horas para salvarle de la infamia. Nada encontraba, estaba angustiado, desesperado.

Nunca se hubiera atrevido á pedir 15,000 francos al señor Martelly. Pocos eran sus honorarios para garantizar tan crecida cantidad. Conocía además los rígidos principios del armador, y tenía sus reconvenções, si le confesaba que quería comprar una conciencia, Martelly habría rehusado darle el dinero.

Se le ocurrió de pronto una idea. No quiso discutirlo, y corrió á la calle Santa.

Allí vivía en su mismo piso, un joven empleado, llamado Carlos Blétry, recaudador de la fábrica de jabón de los señores Gaste y Degans. Reinaba alguna intimidad entre los dos jóvenes. Mario quería á Carlos por su carácter dulce, su ejemplar conducta y su fama de gran probidad.

Hacia dos años, sin embargo, que gastaba bastante.

Dominaba un verdadero lujo en su pequeño cuarto, compraba alfombras, tapices, espejos, hermosos muebles.

Volvía á horas avanzadas, vivía con la mayor largueza, pero siempre era dulce, político, tranquilo y piadoso.

Todo esto sorprendió en un principio á su vecino, pero Carlos le dijo que había heredado y no tardaría en dejar su colocación para vivir como particular. Hasta se le había ofrecido, si acaso necesitaba dinero, Mario había rehusado.

Acordóse de aquel ofrecimiento. Iba á llamar á la puerta del joven y pedirle que salvase á su hermano. Tal vez aquel empréstito no le molestaría, pues no le escaseaba el dinero, que reembolsaría poco á poco, persuadido de que le otorgaría el tiempo necesario.

No le encontró en la calle Santa, y como tenía prisa, dirigióse á la jabonería, situada en el boulevard de las Damas.

Cuando llegó y preguntó por Carlos, parecióle que los obreros le miraban de una manera extraña. Le respondieron que podía preguntar al señor Daste, el cual estaba en su gabinete.

Mario, sorprendido por tal acogida, penetró donde le indicaron. Daste conferenciaba con tres caballeros, los cuales callaron cuando apareció Mario.

—Señor,—dijo dirigiéndose á Daste,—¿puedo preguntaros si Carlos Blétry está en la fábrica?

El interrogado cambió una rápida mirada con uno de los tres citados, hombre grueso, marchito, de aspecto severo.

—Pronto volverá,—dijo.—Esperadle, si os place. ¿Sois amigo suyo?

—Sí, señor. Vive en mi mismo piso. Hará unos tres años que lo conozco.

Hubo un instante de silencio. El joven, imaginando que su presencia molestaba á aquellos caballeros, añadió:

—Os doy las gracias... esperaré fuera...

Entonces el caballero grueso se inclinó y dijo algunas palabras en voz baja al fabricante. Daste detuvo á Mario diciendo:

—Quedaos, os lo ruego. Vuestra presencia tal vez no sea útil... Debéis conocer las costumbres de Blétry y podríais informarnos.

Mario, como no comprendía, hizo un ademán de vacilación.

—Dispensad,—dijo Daste políticamente,—veo que mis palabras os sorprenden.

Indicó al caballero gordo y continuó:

—El señor es el comisario de policía del barrio, y acabo de mandarle llamar para que proceda al arresto de Carlos Blétry, el cual, en dos años, nos ha robado 60,000 francos. Mario lo comprendió todo.

Sentóse, esperando el desenlace del drama, ya que no podía hacer otra cosa.

Reinó un triste silencio, que duró media hora. Daste se había puesto á escribir.

Abrióse por fin la puerta.

—Aquí está,—dijo el fabricante.

Carlos, que nada sospechaba, entró sin ver siquiera á las personas que allí estaban.

—¿Me habéis hecho llamar, señor?—preguntó á Daste. Este le miraba fijamente, volvióse el joven y vió al comisario al que conocía de vista.

Palideció horrorosamente, comprendiendo que estaba perdido.

—Sí, os he hecho llamar,—exclamó Daste,—y sabéis muy bien por qué. ¡Canalla! ya no me robaréis más.

—No sé lo que queréis decir,—respondió Blétry con voz insegura.—Nada he robado... ¿De qué me acusáis?

El comisario se había sentado delante de la mesa escritorio para redactar la declaración. Los dos agentes guardaban la puerta.

—Señor,—dijo el comisario á Daste,—dígame en qué

circunstancias habéis notado los abusos cometidos, según afirmáis, por el señor Blétry en vuestro perjuicio.

Daste refirió entonces la historia del robo. Dijo que el recaudador tardaba en efectuar ciertos cobros, pero que, como tenía completa confianza en él, atribuía la morosidad á los deudores. Las primeras operaciones de esta clase debían tener fecha de dieciocho meses por lo menos. En fin, uno de sus clientes, habiendo quebrado la víspera, había ido él mismo para cobrar cinco mil francos que le debía, y supo que Blétry los había cobrado desde hacía varias semanas. Desolado había vuelto apresuradamente á la fábrica y se había convencido, recorriendo los libros de caja, que le faltaban cerca de sesenta mil francos.

Luego el comisario interrogó á Blétry. Este inventó una historia ridícula.

—Un día,—dijo,—perdí una cartera, en la cual había cuarenta mil francos. No me atreví á confesarlo. Resolví valirme entonces de algunos fondos para jugar á la Bolsa, con la esperanza de ganar y reembolsar á la casa.

El comisario pidió pormenores, y Blétry, turbado, acabó por contradecirse. Ensayó otra mentira.

—Tenéis razón, no he perdido la cartera. La verdad es que me han robado á mí mismo. Había hospedado á un joven falto de recursos. Una noche se marchó llevándose el dinero por mí recaudado: era una cantidad importante.

—No empeore su situación mintiendo,—dijo el comisario.

Luego prosiguió, dirigiéndose á Mario:

—He rogado al señor Daste que os detuviera un rato para ayudarnos en nuestra tarea... Habéis dicho que el acusado es vuestro vecino. ¿No sabéis nada acerca de su conducta? ¿no podríais suplicarle, con nosotros, que dijera la verdad?

Mario no sabía qué decir; Blétry le daba lástima, pero su conciencia le mandaba decir cuanto sabía. Dirigióse al mismo Blétry diciendo:

—Carlos, yo ignoro si sois culpable: siempre os he conocido bueno y correcto. Sé que socorréis á vuestra madre y que os aman todos los que os conocen. Si habéis cometido una locura, confesad vuestra ceguedad: menos sufrirán los que os estiman y quieren, si vos mismo confesáis la verdad francamente, mostrando sincero arrepentimiento.

Mario hablaba con tono dulce y persuasivo. Las duras palabras del comisario habían irritado y hecho enmudecer á Blétry, que cedió ante la indulgencia de su amigo.

Pensó en su madre, y púsose á llorar desconsoladamente.

—¡Es cierto!—gritó en medio de sus sollozos,—he robado, soy un ladrón: estaba loco. Empecé por algunos centenares de francos, luego necesité mil, dos mil, cinco mil, diez mil.

Una fuerza infernal me impelía... crecían mis necesidades, mis apetitos.

—¿Y qué habéis hecho con tanto dinero?—preguntó el comisario.

—No sé... lo he dado, me lo he comido, lo he perdido en el juego... Tranquilo estaba en mi miseria, en nada malo pensaba, vivía honradamente... he saboreado el lujo, el vicio: he tenido queridas, compré muebles elegantes y ricos... estaba loco.

—¿Podéis citar los nombres de las muchachas con quienes os habéis comido parte de ese dinero?

—No lo sé. En todas partes las hallaba, en las calles, en los bailes públicos. Me acompañaban cuando yo tenía los bolsillos llenos, se marchaban cuando estaban vacíos. Mucho he perdido jugando. ¿Queréis saber por qué llegué á ser ladrón? porque veía ciertos hijos de familia tirar el dinero, revolcarse en el ocio y la riqueza.

Yo también quise tener mujeres, placeres ruidosos, noches de juego y orgía. Necesitaba 30,000 francos anuales, y tenía sólo 1,800... por eso he robado.

Mario aproximóse al señor Daste, suplicándole fuera indulgente, y se retiró en seguida.

Blétry fué condenado á cinco años de cárcel.

Una hora solamente era el tiempo que quedaba á Mario para encontrar los 15,000 francos que debían salvar á su hermano,

En el que Felipe rehusa salvarse

Mario confesóse á sí mismo su impotencia. Ya no sabía á qué puerta llamar. Un triste dependiente no logra que le presten 15,000 francos en una hora.

Bajó lentamente por la calle de Aix, cansada la inteligencia, no encontrando nada en su imaginación.

Terribles son los apuros de dinero; más valdría luchar con un asesino que contra el fantasma de la miseria. Nadie inventó hasta la fecha una pieza de cinco francos.

Llegando el joven al cours Belzance, desesperado, vencido, decidióse volver á Aix con las manos vacías. La diligencia iba á marchar, quedaba un solo puesto en la imperial. Tomólo con alegría: prefería quedar al aire libre, pues la angustia le ahogaba, y esperaba que los dilatados horizontes de la campiña calmarían su calentura,

Triste viaje fué aquel.

Llegó á Aix y se dirigió lentamente á la cárcel.

Pensaba que siempre sería demasiado pronto para llevar una mala noticia.

Cuando entró eran las nueve de la noche. Revertégat y Josefina jugaban á los naipes en un ángulo de la mesa.

Levantóse alegremente la ramillettera y corrió al encuentro del joven.

—¿Qué hay?—preguntó.

Mario no se atrevía á responder: sentóse desolado.

—¡Hablad, hombre!—gritó la muchacha.—¿Tenéis el dinero?

—No lo tengo, no,—respondió.

Luego lo refirió todo y concluyó diciendo:

—Ahora no soy más que un pobre diablo: mi hermano seguirá en la cárcel.

Dolorosa fué la sorpresa de la ramilletera, que decía:

—¡Pobres, pobres de nosotros!

Miraba á su tío, como si quisiera obligarle á hablar.

Revertégat contemplaba á los dos jóvenes con lástima. Trabábase una lucha en su pecho. Por fin dijo:

—Escuche, señor, mi oficio no me ha endurecido hasta el punto de ser indiferente al dolor de la gente honrada... Ya os dije por qué admitía el dinero.

Si desgraciadas circunstancias os impiden ahora ampararme contra la miseria, lo mismo abriré las puertas al señor Felipe. Después me socorreréis, me daréis los 15.000 francos poco á poco, como podáis.

Josefina, fuera de sí, púsose á palmotear. Saltó al cuello de su tío y le abrazó con transportes de alegría.

Mario se puso grave y dijo:

—No puedo admitir tal sacrificio. Ya me reconvengo á mí mismo, pues os hago faltar á vuestro deber, y me niego á agravar mi responsabilidad privándoos del indispensable sustento.

La muchacha, casi encolerizada, se dirigió á Mario diciendo:

—¡Callad, vos! Es preciso salvar al señor Felipe; yo lo quiero así.

Además, no os necesitamos para abrirle las puertas. ¡Venid, tío! si el señor Felipe consiente, ¿qué reparos tendrá su hermano?

Los tres se dirigieron á la celda del prisionero, provistos de un farol de ronda, andando de puntillas.

Entraron juntos y cerraron la puerta tras de sí. Felipe dormía.

Revertégat, enternecido por las lágrimas de su sobrina, se esforzaba en lo posible para el joven el severo régimen de la cárcel; le llevaba el almuerzo y la comida, que preparaba Josefina, le facilitaba libros y le había dado una manta suplementaria. No se fastidiaba demasiado Felipe, y sabía que trabajaban para libertarle.

Se despertó y alargó sus manos con cariño á Josefina y á su hermano.

—¿Venís á buscarme?—preguntó sonriendo.

—Sí,—respondió la muchacha.—Vestíos aprisa.

Mario callaba: su corazón latía desordenadamente. Recelaba que el deseo de la libertad hiciera aceptar á su hermano lo que él creyó deber rehusar.

—Pues,—dijo Felipe,—todo está arreglado. Puedo fugarme sin temor, sin remodrimientos. ¿Habéis dado el dinero prometido? Mario, tú no contestas.

Josefina intervino.

—Os he dicho que debéis vestiros en seguida: ¿en qué os metéis ahora?

Había cogido las prendas del joven y se las arrojaba diciendo que aguardaría en el pasillo.

Mario le detuvo y dijo:

—No puedo dejar á mi hermano ignorando nuestras desgracias.

Lo refirió todo, pero no dió consejo alguno á Felipe.

—Entonces,—dijo Felipe,—no has dado el dinero al carcelero... estamos sin un cuarto.

—No importa,—dijo éste acercándose,—más adelante me ayudaréis.

El prisionero enmudeció. No pensaba siquiera en la fuga: pensaba en la miseria, en la triste miseria, en el aspecto que él tendría por los paseos de Marsella. No más rajes elegantes, no más andar holgazaneando, no más amores. Tenía sentimientos de poeta, de caballero, que le privaban aprovechar el desprendimiento de Revertégat.

Volvió á acostarse, y dijo con voz tranquila:

—Me quedo.

Mario estaba radiante, Josefina aterrada.

Quiso probar la necesidad de la fuga, habló de la exposición pública. Se animaba, y crecía su hermosura con la cólera. Felipe la miraba con admiración.

—Bella niña,—dijo,—tal vez me haríais ceder, si en esta celda no hubiese llegado á ser ciego y testarudo. Pero... la verdad, bastantes cobardías he cometido... no cargaré más mi conciencia... Suceda lo que el cielo quiera... además, todo no está perdido. Mario me libertará; encontrará el dinero, ya veréis. Vendréis á buscarme cuando hayáis pagado mi rescate. Nos escaparemos juntos.

Hablaba casi de un modo festivo. Mario le cogió la mano y dijo:

—Gracias. Ten confianza.

Salieron Josefina y Revertégat; solos quedaron Felipe y Mario algunos minutos; hablaron de Blanca y del niño.

Reunidos luego los tres, la ramillettera, desesperada, preguntó á Mario qué iba á hacer.

—Voy á ponerme nuevamente en campaña,—respondió.

—Lo malo es que tenemos prisa y no sé á quién solicitar.

—Puedo daros un consejo,—dijo Revertégat.—Hay en la ciudad, á pocos pasos de aquí, un banquero, el señor Rostand, que tal vez consienta en prestaros la cantidad que se necesita... Pero os prevengo que el tal Rostand tiene reputación de usurero.

Mario no podía pararse en la elección de los medios.

—Os doy las gracias,—dijo.—Mañana por la mañana iré á ver á ese hombre.

Los señores usureros

El señor Rostand tenía mucha habilidad. Muy tranquilo hacía su vergonzoso comercio. Para poner un título honroso á su industria, abrió una casa de banca; pagaba patente, estaba legalmente establecido. En ocasiones, sabía ser un poco honrado, prestaba dinero al mismo interés de sus cofrades, los banqueros de la ciudad. Pero, en sus oficinas, había, por decirlo así, una trastienda donde con cariño elaboraba sus canalladas.

Seis meses después que se abrió esta casa, llegó á ser gerente de una sociedad de usureros, banda negra que le confió sus capitales. La combinación se hizo con patriarcal sencillez. Los que tenían la natural inclinación á la usura y no se atrevían á traficar por su propia cuenta, le traían su capital rogándole lo hiciese valer. Tuvo así entre sus manos un considerable giro de fondos, y pudo explotar ampliamente las necesidades de los que acudían por préstamos. Quedaban en la sombra los que proporcionaban el dinero. Habíase solamente empeñado en prestar con intereses fabulosos, al cincuenta, al sesenta, hasta al ochenta por ciento. Cada mes reuníanse en su casa los que daban los fondos, él presentaba las cuentas, y repartían la ganancia. Pero se arreglaba del modo que le cupiese la parte mejor, robando á los ladrones. Era aficionado al comercio menudo. Cuando un mercader, en vísperas de algún vencimiento, iba á verle, imponíale condiciones exor-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

bitantes. El mercader siempre aceptaba; y así había causado más de cincuenta quiebras en diez años.

No había negocio que no le conviniera; lo mismo prestaba cinco francos á una verdulera, como m^l á un tratante de bueyes; no perdía ninguna ocasión de prestar diez francos para que el día siguiente le devolviesen doce. Acechaba á los hijos de familia, á los vivedores, que tiran el dinero por la ventana, les llenaba las manos de monedas de oro, para que pudiesen tirar más, y quedaba bajo las mismas ventanas para recoger lo que caía. Luego hacía excursiones por el campo, tentaba á los labradores, y cuando la cosecha había sido mala, arrancábales poco á poco, por trozos, sus granjas y sus tierras.

Su casa, pues, había llegado á ser una verdadera trampa en la cual desaparecían haciendas enteras. Citábanse las personas, las familias que había arruinado. Nadie ignoraba los secretos resortes de su oficio, pero faltaban pruebas, y su patente lo amparaba.

Una sola vez estuvo en peligro. Una señora, la cual pertenecía á una familia rica, le pidió prestada una cantidad crecida; era muy piadosa, y había derrochado su hacienda dando á derecha é izquierda, haciendo cuantiosas limosnas. El no ignoraba que ya nada poseía, y exigió que firmase letras con el nombre de su hermano: con aquellos falsos papeles en la mano, estaba seguro que su hermano pagaría, pues tenía interés en evitar el escándalo.

La pobre señora firmó. Háblala arruinado la caridad, su debilidad de carácter la hizo sucumbir.

Había acertado: las primeras letras fueron pagadas; pero, presentándose siempre otras, cansóse el hermano y quiso verlo más claro. Fue á la casa de Rostand, y le amenazó con perseguirlo; declaró que prefería deshonrar á su hermana, á dejarse robar impunemente por un pillo semejante. El usurero, aterrado, devolvió las letras, que aun estaban en su poder. Pero como había prestado al ciento por ciento, nada perdió.

Extremóse desde aquel día la prudencia de Rostand. Administró los capitales de la banda negra, con tales mañas, que le valieron la admiración y confianza de los señores usureros. Mientras los que le proporcionaban los fondos se paseaban al sol, como hombres honrados que eran, él es-

taba encerrado en un gran gabinete sombrío: allí fructificaban las monedas de oro de la sociedad.

Algunos de la banda empleaban sus ganancias en satisfacer sus pasiones, sus apetitos de lujo y libertinaje; la alegría de Rostand era hacer una ingeniosa operación.

El día siguiente Mario llamó á la puerta de Rostand sobre las ocho. Era una casa pesada, cuadrada. Las persianas estaban cerradas, lo que daba á la fachada un aspecto desnudo y frío, un no sé qué de misterio y desconfianza. Una criada vieja, que llevaba, á manera de falda, un sucio harapo de algodón, entreabrió la puerta.

—¿El señor Rostand?—preguntó Mario.

—Está, pero muy ocupado.

Y siempre dejaba la puerta á medio abrir.

El joven se impacientó, empujó la hoja y entró en el vestíbulo.

—¡Bueno! esperaré,—dijo.

La criada, sorprendida, vacilando, comprendió que no podía despedir á aquel mozo. Hizolo subir arriba, al primer piso, donde lo dejó solo en una mal llamada antecámara.

La pieza era reducida, oscura, tapizada de un papel verdoso. El único mueble era una silla de paja, que Mario ocupó.

Frente á él, una puerta abierta le dejaba ver un despacho, donde un escribiente hacía crujir de un modo irritante una pluma de ganso en el papel. Otra puerta, á la izquierda, debía conducir al gabinete del banquero.

Mucho rato esperó Mario. Acres olores de papel viejo flotaban en la atmósfera. El cuarto era muy sucio, y le daba lúgubre aspecto la desnudez de las paredes. Amon-tónabase el polvo en los rincones, el techo estaba lleno de telas de araña.

Impacientábase el joven, nervioso por el ruidoso crujir de la pluma de ganso.

Oyó hablar en la próxima habitación, y como las palabras se oían con claridad, iba á alejarse por discreción, cuando algunas frases lo clavaron en su sitio. Hay conversaciones que no se pueden oír, no está hecha la delicadeza para amparar la intimidad de ciertos hombres.

—Señores, aquí estamos todos, hablemos de lo que in-

porta. Voy á daros cuenta fiel de las operaciones de este mes, y luego repartiremos la ganancia.

Hubo un leve tumulto, conversaciones particulares, que fueron apagándose.

Volvió á hablar la voz seca:

—Antes de entrar en pormenores, es preciso que os confiese que los resultados de este mes son inferiores á los del mes pasado que tuvimos el 60 por 100; hoy tenemos el 55.

Oyéronse exclamaciones de descontento.

—Señores,—continuó Rostand,—he hecho lo que he podido, y deberíais darme las gracias... Cada día el oficio se pone más dificultoso. Y además, aquí están mis cuentas. Brevemente os haré conocer algunos de los negocios que he tratado...

Reinó silencio, y después se oyó el roce de las hojas de un registro. Mario escuchaba.

—He prestado,—dijo Rostand,—diez mil francos al joven conde de Salry, el cual será mayor de edad de aquí á nueve meses. Había perdido en el juego, y parece que su querida le exigió una crecida cantidad. Ha firmado letras por 18,000 francos, que vencen á noventa días. La fecha es desde el día de su mayor edad, por supuesto. Los Salry tienen grandes propiedades... es un excelente negocio.

Estas palabras fueron acogidas con un murmullo de aprobación.

—Al día siguiente,—continuó,—recibí la visita de la querida del conde, la cual estaba furiosa, pues su amante le había dado solamente dos ó tres billetes de á mil francos. Juróme que me traería á Salry, atado, para contraer otro préstamo. Esta vez pediré la cesión de una finca... nueve meses tenemos para esquilmar al joven loco, á quien su madre deja sin dinero.

Otro silencio, y luego Rostand prosiguió:

—Jourdiere, comerciante de pañería, el cual, cada mes, necesita unos centenares de francos para sus vencimientos. Hoy su capital es casi enteramente nuestro. Otros quinientos francos le presté á 60 por 100. El próximo mes, si me pide un cuarto, le hago quebrar, y sus mercancías son nuestras. Mariana, una verdulera. Por la mañana necesita diez francos y me devuelve quince por la noche. Creo que tiene el vicio de la bebida. Negocio pequeño, pero ganan-

cia segura; renta de cinco francos diarios. Lorenzo, labrador del barrio Roguefavour. Me ha cedido, poco á poco, una tierra, que posee cerca de Arc. Vale cinco mil francos; la habremos pagado con dos mil. Tuve que expulsarle de su propiedad; su mujer y sus hijos han venido aquí pidiendo compasión... ¿Supongo que me tomaréis en cuenta estos fastidios? Andrés, un molinero, nos debía 800 francos. Le amenacé con el embargo. Aquí vino suplicándome no perderle mostrando á todos su insolvencia. Consentí en embargar por mí mismo, sin el concurso judicial, y me entregó unos mil doscientos francos en muebles y ropa blanca. Cuatrocientos francos ganados por ser humano.

Aquella gente encontró chistoso el lance y se echaron á reír.

Volvió á hablar Rostand:

—A Simón, mercader, 3,000 francos al 40 por 100; mil quinientos al 50 por 100 al tratante en bueyes Charancon; 2,000 al 80 por 100 al marqués de Chantarel; cien al 35 por 100 al hijo del escribano Tingrey...

Así continuó un cuarto de hora. Cuando hubo concluido, una voz ronca, dijo:

—¿Qué decíais, amigo? Muy bien habéis trabajado este mes; las ganancias, en verdad, no han de ser 55 por 100: os habéis equivocado.

—Nunca me equivoco,—replicó Rostand.

Pero Mario creyó notar alguna vacilación en la voz del miserable.

—Todavía no lo he dicho todo,—prosiguió.—Hace ocho días hemos perdido 12,000 francos.

Hubo exclamaciones coléricas. Mario creyó, un instante, que aquellos pillos iban á pegarse.

—¡Diablo!—dijo el banquero entre el tumulto.—Escuchad. Creo que bastante dinero os hago ganar para perdonarme haberos hecho perder una vez, por casualidad. No es culpa mía, además: me han robado. Monier, tratante en trigos, sobre el cual he tenido excelentes informes, me pidió 12,000 francos. Le dije que el amigo que los prestaba quería 5,000 francos de interés por seis meses. Aceptó. Mientras iba á buscar los fondos, se sentó delante de mi escritorio y suscribió diecisiete letras de 1,000 francos cada una. Las examiné y las coloqué en el atril. Luego ha-

Dió algunos minutos con Monier, el cual se había levantado y después de guardarse el dinero, se marchó. Ya estaba lejos cuando quise recoger las letras, las tomé y, en lugar de ellas, me encontré con un paquete igual de pagarés, sin firma, á la orden de no sé quien... Me había robado. Creí que me daba un ataque. Corrí sin embargo tras el ladrón que paseaba tranquilamente al sol, en el Cours. A la primera palabra que le dirigí, me trató de usurero, amenazando llevarme al comisario de policía. El tal Monier tiene reputación de hombre íntegro y leal... y preferí callar.

La voz ronca replicó:

—Rostand, confesad que os faltó energía. ¡Paciencia! no ganaremos más que el 55 por 100... Otra vez velaréis mejor por nuestros intereses. Ahora, á partir.

Mario, á pesar de su angustia, de su indignación, no pudo menos de sonreír, pues el robo de Moinier le pareció pertenecer á la alta comedia, y casi aplaudía al pillo, que había engañado á otro pillo.

Ya sabía cual era el oficio de Rostand.

Tuvo un acceso de risa amarga pensando que allí había ido para que le prestaran 15,000 francos.

Pensando que allí, tan cerca de sí, encontrábase una reunión de canallas, que explotaban las miserias, las vergüenzas de una ciudad, levantóse de pronto y... abrió la puerta. Permaneció silencioso algunos instantes en el umbral.

Extraño era el espectáculo que se ofrecía á su vista. Rostand estaba de pie delante del escritorio; tenía detrás una caja de caudales abierta, de la que sacaba el oro á puñados.

En derredor, formando círculo, estaban sentados los miembros de la banda negra, unos esperando el dinero que les correspondía, otros guardando en sus bolsillos el que habían recibido. A cada minuto, el banquero consultaba su libro de cuentas, y luego entregaba á cada uno la cantidad respectiva. Sus asociados no apartaban la vista de sus manos.

Al ruido que hizo la puerta abriéndose, todos se volvieron aterrados.

Mario les reconoció por haberles encontrado en otras ocasiones con la frente alta, el semblante digno: á varios

había saludado. Todos eran ricos, estimados, influyentes, bien habrían podido salvar á su hermano.

—¿Qué queréis?—gritó por fin Rostand.—No es lícito penetrar así en las casas.

—Quiero 15,000 francos,—respondió Mario.

—No tengo dinero.

—Os prevengo que desde hace una hora estoy detrás de esa puerta, y he asistido á toda la sesión.

Un rayo que hubiese estallado entre ellos no les hubiera impresionado tanto como esta declaración. Todavía aquellos hombres tenían pudor: algunos se cubrieron el rostro con las manos.

Rostand no tenía reputación que perder. Acercóse á Mario y gritó:

—¿Quién sois? ¿Con qué derecho escucháis detrás de las puertas? Si nada tenéis que pedirme, ¿por qué penetráis hasta mi gabinete?

—¿Quién soy? un hombre honrado. ¿Con qué derecho os escuché? con el que asiste á los buenos para desenmascarar á los pillos. ¿Por qué he penetrado hasta aquí? sencillamente, para deciros que sois un bellaco.

Rostand temblaba de cólera. Iba á gritar, á lanzarse sobre Mario, pero él le contuvo con un ademán enérgico.

—¡Callad!—le dijo.—Yo me voy, porque aquí me estoy ahogando. Pero no quise retirarme sin haberme desahogado algún tanto... Tenéis un apetito feroz, señores míos: os hartáis de desgracias, de robos y estafas. Me complazco en haber podido turbar vuestra digestión y haceros estremecer de inquietud. Los salteadores de caminos tienen á lo menos valor y arriesgan la vida, pero vosotros robáis á mansalva y en la sombra. ¡Y decir que no os obliga la necesidad! todos sois ricos. Cometéis pillerías, ¡Dios me perdone! por el gusto de cometerlas.

Algunos se levantaron con aire amenazador.

—¿No habéis visto nunca la cólera de un hombre honrado?—añadió Mario con tono de mofa.—Os irrita, os espanta la verdad. Estáis acostumbrados á que os traten con los miramientos debidos á las personas leales, y como os habéis arreglado para ocultar vuestras infamias y vivir en la estimación de todos, habéis acabado por creer en el respeto que conceden á vuestra hipocresía. ¡Bueno! Yo he

querido que una vez en vuestra vida fueseis insultados como merecéis, y he aquí por qué he entrado.

Vió el joven que iban á matarle á porrazos; si continuaba.

Retiróse sin apresurarse, hacia la puerta, dominando á los usureros con la mirada. Allí detúvose otra vez.

—Sé muy bien, señores,—dijo,—que no puedo arrastraros delante de la humana justicia. Os hacen inviolable vuestra riqueza, vuestra influencia, vuestra habilidad. Si tuviera la sencillez de emprender tal lucha, quedaría aplastado... Pero no tendré el remordimiento de haberme encontrado al lado de hombres de vuestra especie sin haberles lanzado mi desprecio á la cara. Quisiera que fuesen mis palabras un hierro candente que os señalará con el sello de la infamia. Os seguiría la multitud con aullidos, y tal vez entonces aprovecharíais la lección... Partid vuestro oro: si en vosotros queda huella de probidad, os quemará las manos.

Mario cerró la puerta y se fué. Ya en la calle, tuvo una sonrisa de tristeza. Vea delante de sí la vida extenderse con todas sus vergüenzas, sus miserias, y declase que representaba en la existencia el papel noble y ridículo de un don Quijote de la justicia y del honor.

XVII

Dos perfiles vergonzosos

Luego que Mario hubo referido su calaverada al carcelero, y á la ramilletera, ésta exclamó:

—¡Mucho hemos adelantado! ¿Por qué os habéis enfadado? Tal vez aquel hombre os hubiese prestado dinero.

Las mujeres tienen empeños que hacen callar su conciencia; así Josefina, por más leal que fuera, se habría hecho la sorda en casa de Rostand, y hasta, ofreciéndose la ocasión, se habría valido de los secretos que le descubriera la casualidad.

Revertégat quedó algo confuso por haber aconsejado á Mario que fuese á casa del banquero.

—Os había avisado, señor,—le dijo,—no ignoraba las voces que corren acerca de ese joven, pero creía hubiese parte de maledicencia. Si yo hubiese sabido toda la verdad, nunca os habría dado el consejo de ir á su casa.

Mario y Josefina pasaron la tarde construyendo planes extravagantes, buscando en vano en su cabeza un medio para improvisar los quince mil francos necesarios para salvar á Felipe.

—¡Cómo!—exclamaba la joven,—¿no encontraremos en esta ciudad un buen corazón que nos saque del apuro?

¿No hay por aquí gente rica, que preste su dinero á una tasa razonable? Vamos á ver, tío: buscad con nosotros.

Nombradme á una buena persona para que vaya á echarme á sus plantas.

Revertégat sacudía la cabeza.

—Sí,—dijo,—hay almas buenas, gente rica, que tal vez os ayudarían, pero no tenéis título alguno á su bondad, no podéis de golpe pedirles dinero. Es preciso dirigirse á prestamistas, y como no ofrecéis ninguna garantía sólida, estáis obligados á llamar á la puerta de los usureros. Yo conozco á viejos avaros, canallas que gozarían en teneros en sus garras, ú os echarían á la calle como á mendigos peligrosos.

Josefina escuchaba á su tío. Todas esas cuestiones de dinero se confundían en su cabeza. Su alma era tan franca que le parecía cosa fácil, natural, pedir y alcanzar una importante cantidad en dos horas. ¡Millonarios hay, que sin molestia pueden disponer de miles de francos! Insistió.

—Vamos, buscad bien,—dijo al carcelero.—¿No véis á nadie con quien se pueda ensayar?

Revertégat miraba emocionado su cara ansiosa. No hubiera querido revelar á aquella niña las repugnantes verdades de la vida.

—No,—dijo,—á nadie veo. Os hablé de viejos pillos, los cuales ganaron vergonzosamente grandes riquezas. Aquellos, como Rostand, prestan ciento para cobrar ciento cincuenta al cabo de tres meses. Hija mía, los usureros se parecen todos. Yo conozco á un anciano avaro, roñoso, que posee más de un millón, y vive solo, en una casa abandonada. Sepúltase Guillermo en su mal oliente caverna. La humedad agrieta las murallas de aquella tumba; el piso tampoco está enladrillado, ándase sobre una capa asquerosa de estiércol y destrozos; cuelgan del techo las telas de araña, el polvo cubre todos los objetos, una luz mortecina y lúgubre penetra por los vidrios sucios y grasientos. Los avaros duermen en la suciedad, como las arañas en sus telas. Presentándose una presa, cogida en sus redes, la atraen y le chupan la sangre... Ese hombre no come otra cosa que legumbres cocidas en agua, y nunca acaba de saciar su hambre. Vístese de harapos, lleva una vida de mendigo leproso.

Todo esto para guardar el dinero que ha amontonado, para aumentarlo aún... presta á ciento por ciento.

Josefina se ponía pálida.

—Además, Guillermo tiene amigos que ensalzan su religiosidad. No cree en Dios ni en el diablo, vendería á Cris-

to por segunda vez, si pudiera; pero tuvo la habilidad de fingir gran devoción, y tal comedia le valió la estimación de ciertas personas de cortos alcances. Frecuenta las iglesias, arrodillase ante todos los confesonarios, se inunda de agua bendita... Interrogad á la ciudad, preguntad qué buena acción hizo aquel hombre. Adora á Dios, dicen: pero roba á sus semejantes. Imposible citar á una persona que él haya socorrido. Moriríase de hambre un desgraciado delante de su puerta sin que él le diera un pedazo de pan, ni un vaso de agua. Si goza de consideración, la ha robado como todo lo demás...

Detúvose Revertégat, mirando á su sobrina, vacilando si debía continuar.

—¿Y tendríais la sencillez de ir á casa de un hombre semejante?—dijo por fin.—Todo no lo puedo decir, no puedo hablar de los vicios de Guillermo. Aquel viejo tiene pasiones innobles; á veces olvida su avaricia, y sacia sus apetitos lujuriosos. Refiere en voz baja mercados ignominiosos, seducciones repugnantes...

—¡Basta!—gritó Mario con energía.

Josefina, ruborizada, consternada, bajaba la cabeza, faltándole el valor y la esperanza.

—Veo que el dinero es demasiado caro,—dijo el joven,—y que es preciso venderse para comprarlo. ¡Ay! ¡si tuviera tiempo para ganar con mi trabajo la cantidad que necesitamos!

Los tres permanecieron silenciosos, no pudiendo encontrar un medio de salvación.